

LA ENSEÑANZA DEL ALUMNO DE MEDICINA Y LA DEL POST-GRADUADO EN LAS ES- CUELAS DE ESPECIALIDADES

CASIMIRO DEL CAÑIZO SUAREZ



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1979

123.362
3

CARDIRO DEL CARMO SUAREZ

Escuela de Graduados en Medicina de la Universidad de Salamanca

LA ENSEÑANZA DEL ALUMNO DE
MEDICINA Y LA DEL POST-GRADUADO
EN LAS ESCUELAS DE
ESPECIALIDADES

LA ENSEÑANZA DEL ALUMNO DE MEDICINA Y LA DEL
POST-GRADUADO EN LAS ESCUELAS DE ESPECIALIDA-
DES

del Curso 1979 a 1980

EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1981

R. 229.977



CASIMIRO DEL CAÑIZO SUAREZ

Catedrático de Otorrinolaringología de la Facultad de Medicina de Salamanca

LA ENSEÑANZA DEL ALUMNO DE MEDICINA Y LA DEL POST-GRADUADO EN LAS ESCUELAS DE ESPECIALIDADES

Discurso pronunciado para la inauguración
del Curso Académico 1979 a 1980



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1979



© EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA Y
Casimiro del Cañizo Suárez

Ediciones Universidad de Salamanca
Apartado de Correos n.º 325
Salamanca (España)

Diseño de la cubierta: C. Povedano
Ilustración: Lección de Anatomía (Grabado satírico de Hogarth)

I.S.B.N.: 84 - 7481 - 083 - 3

Depósito Legal: S. 406 - 1979

Gráficas EUROPA. Sánchez Llevot, 1. Teléfono 22 22 50. Salamanca, 1979

DEDICATORIA

A la memoria de mi querido e inolvidable padre, DON AGUSTIN DEL CAÑIZO GARCIA, cuya vida sencilla y modesta, fue la mejor lección de cuantas recibí.

A mi querida esposa, fiel y animosa compañera, que luchó siempre a mi lado frente a los reveses de la vida.

A mis queridos cinco hijos, a quienes deseo una vida noble y honrada, como traté de inculcársela a lo largo de su educación.

C. DEL CAÑIZO SUÁREZ
Salamanca, octubre 1979

Excmos. señores, señoras y señores, compañeros:

En diciembre pasado, se me comunicó oficialmente a través del Decano de Medicina, que me correspondía pronunciar la Lección Inaugural de este Curso Académico 1979-1980, con el ruego de que contestase si aceptaba el hacerme cargo de la elaboración de dicha lección.

¿Cómo no iba a aceptar semejante honor?

¿Cómo podría yo rechazar la pronunciación de la Lección Inaugural?

¿En esta Universidad que tuvo en sus claustros a hombres tal ilustres como FRAY LUIS DE LEÓN y de UNAMUNO?

¿En esta Universidad que escuchó durante más de 27 años las lecciones de Patología Médica de mi querido padre?

¿Donde también celebró sus bodas de plata como Catedrático en 1930, con la asistencia de grandes valores de la Medicina Española (MARAÑÓN, BAÑUELOS, ANDREU URRA) y científicos extranjeros como RICHET y donde Unamuno pronunció un discurso de homenaje lleno de cariño y de admiración hacia él!

¿En esta Universidad que me acogió en su seno desde hace más de 25 años y donde varios de mis hijos han estudiado la Licenciatura de Medicina, recibiendo las lecciones magistrales de muchos compañeros de Claustro!

¿En esta Universidad de esta dorada Salamanca, llena de luz; sobre todo de las Luces de la Ilustración de las Ciencias y de las Letras!

¿En esta Salamanca donde yo nací hace ya muchos años y que tan fugazmente han pasado; donde hice mis primeros estudios de Bachillerato y donde seguramente reposarán mis pobres restos mortales, quizá en un día ya no muy lejano, para que esta maravillosa tierra que tanto amé toda mi vida y me dio el impulso vital, me acoja al final en su misterioso seno con la negrura insondable de la muerte!

Era, pues, un galardón para mí y al mismo tiempo un inmenso placer y enorme responsabilidad, hacer la lección inaugural de este Curso Académico, aunque

me temo pueda defraudarles, a pesar de que en su constitución he puesto toda el alma, para tratar de conseguir que sea del agrado de todos..

* * *

El tema que voy a tratar ha sido seleccionado después de barajar otros varios títulos y no sé si por fin habré acertado en su elección y exposición, ya que el selecto público que ocupa esta sala, seguramente hará críticas ante este modesto trabajo, que he titulado «La enseñanza del alumno de Medicina y la del postgraduado en las Escuelas de Especialidades».

No voy, pues, a hablarles del Cáncer de la Laringe, o del Cavum, aunque tienen tanta importancia desde el punto de vista clínico y de cuyos problemas habrán visto y oído hablar con harta frecuencia por la televisión y la radio, o habrán leído en la prensa diaria, charlas o artículos titulados pomposamente como conferencias, preñadas de deseos de popularidad.

Tampoco voy a cansarles con una descripción del tratamiento quirúrgico de las amígdalas y vegetaciones. «Adminículos gargantiles», como titulaba jocosamente una conocida personalidad, pues es tema ya muy trillado en reuniones no sólo científicas, sino también entre grupos de familias o amigos.

No creía oportuno tampoco exponerles una lección sobre el tan cacareado y conocido asunto del tratamiento quirúrgico funcional de las otitis medias crónicas. Tema tan llevado de aquí para allá y que tanta popularidad y emolumentos ha dado a ciertos especialistas. Que luego al final, y a pesar de sus promesas, muchos cursaban sin función auditiva, con supuración y sin buena parte de su cartera.

Tampoco he querido hablarles de la sordera otoesclerosa, pues seguramente la mayoría de los presentes está al tanto, por las propagandas que de ella se ha hecho en la prensa, radio y televisión.

Ni tampoco he querido tratar de la Patología Sinusal, de las sinusitis, que más de alguno que presume de listillo y sabio, las interpreta como aumento o inflación de los senos de la superficie torácica.

Y por supuesto (aunque lo pensé detenidamente) tampoco les he querido hablar de la Filogenia de la Laringe y del lenguaje articulado del ser humano. Tema apasionante, pero muy científico, que trata de cómo se fue formando la laringe a través del desarrollo y evolución de las especies animales; desde los más primitivos seres acuáticos (parece ser que la vida empezó a aparecer en el agua), hasta ir formándose la laringe en los mamíferos y por último llegar al Homo Sapiens, apareciendo en éste el Verbo, el Don de la Palabra Articulada, exclusivamente de El.

Me he decidido por fin a exponerles la lección anunciada, porque creo que tiene por lo menos tanta importancia, como cualquier otro de los anunciados, aunque visto fríamente podría aparentar ser un tema anodino y sin trascendencia para el porvenir del estudiante y del post-graduado y de esta forma, además, les evito tener que sufrir la exposición de un cansado tema científico, que siempre puede resultar aburrido.

No cabe duda que según van pasando los años, la vida ha cambiado muchísimo. Unas veces por motivos concretos y de todos conocidos; otras veces porque lo que hemos dado en llamar civilización (habría que meditar mucho sobre lo que se considera civilización) arrastra cada vez más a las masas a una vida de rutina, de indiferencia hacia los demás; de falta de conmiseración hacia el prójimo; de indiferencia hacia el trabajo y a la responsabilidad de cada uno y por supuesto llena de egoísmo y de inmoralidad.

Por otra parte, según vamos siendo más viejos, vemos las cosas y los problemas de la vida en general desde un punto de vista muy distinto, aunque generalmente más calmado y firme y desde luego sin los apasionamientos con que los suele ver la juventud. La experiencia ha marcado en el alma del adulto, unas cicatrices grabadas a fuego que no suelen relajarse, emperrándose en que todo tiempo pasado fue mejor (como decía el poeta) y no admitiendo variaciones que evidentemente tienen que concederse en ciertas ocasiones, si deseamos que la armonía de la sociedad pueda llegar si no a un perfecto ideal, por lo menos a lo más humanamente mejor posible.

No es raro hoy día, que los padres que poseen una educación honrada, que han tratado de dar a sus hijos también una educación y sentido moral de la vida semejante a ellos, se vean sorprendidos al censurar acciones punibles de sus hijos, con contestaciones tan asombrosas como ésta: «la culpa la tenéis vosotros, pues me trajisteis al mundo sin yo pedirlo». O bien esta otra: «tenéis conceptos caducos, atrasados y la vida ha evolucionado hacia otros derroteros para nosotros mucho mejores».

¿Quién tiene la culpa de todo esto?

¿Es de la sociedad, que no ha sabido asimilar lo suficientemente bien el aluvión de una juventud que se considera liberada?

Pero liberada ¿de qué? ¿De los prejuicios sexuales de una represión religiosa, que ha seguido insistiendo solamente en el «miedo al infierno» por pecar en el 6.º mandamiento, como si fuese el único que debe cumplirse?

¿O una juventud liberada por sí misma (o creerse liberada, que no es lo mismo) de la preocupación de su porvenir, ante las dificultades que encuentra por la masificación de las Universidades, unido al total olvido, de que el *ser humano tiene que tener una mira de trabajo en la vida, como base fundamental para poder tener derecho a vivirla?*

Acepta o aparenta aceptar esta postura, sin querer detenerse a pensar que ello no le soluciona nada. Que ella sólo beneficia a los dueños de los locales y antros que él excesivamente frecuenta, como «wisquerías», salas de fiesta o antros «muy sexi», como ellos titulan y donde el alcohol, las drogas y los bailes endemoniados, no tiene parangón sino con la clase de público que las frecuenta; entre el ese tipo hoy día frecuente de mujer que alardea del porvenir «unisexo» de la sociedad y que ha perdido la educación y el respeto a sí misma.

Escribiendo estas líneas, que dirijo especialmente a vosotros, mis queridos estudiantes y post-graduados que se están especializando, pasan por mi mente cual cinta magnetofónica mis años de juventud, mis años de estudiante y de vez en cuando, surge un chispazo de luz en que se iluminan pasajes, en los cuales parece que mi entendimiento trata de comprender y tolerar complacientemente, hechos de la juventud actual, que ahora en mis años viejos, a veces instintivamente trato de censurar. Todo se ve del color del cristal con que se mira, y no cabe duda que el adulto no puede ver las cosas tal y como las veía en sus años juveniles, aunque tiene la experiencia, que evidentemente es un dato de gran trascendencia, pero no debe nunca censurar de forma sistemática lo de los jóvenes, cosa que algunos hacen, quizá debido al resentimiento por considerarse impotentes para realizarlo. Otras veces se ve cómo personas que se titulan pomposamente como profesores (pero que no son maestros), presumen de su puesto y se hacen respetar con reiterativo mal humor, terrible mal carácter, lo cual no indica sino lo inmerecido de poseer el puesto que ostenta, que seguramente obtuvo por vías no limpias, lo cual hace que en él rebose la amargura, haciendo pagar su desesperación al estudiante inocente.

Es evidente, que la juventud no suele poseer la madurez y el temple delicado del adulto normal, pero en cambio posee una vitalidad y un apasionamiento propio, a veces desmedido, y le corresponde a la Universidad darle el temple necesario por medio de sus profesores, y éstos tienen el deber ineludible de modelar ese alma del estudiante, pero sin forzarla. No podemos pretender instaurar un sistema educativo empleando el premio y el castigo y mucho peor con ese dicho antiguo de «la letra con sangre entra», lo cual estaría bien para domar o amaestrar animales.

El principio de todo sistema educativo o de enseñanza, ha de ser sin violencia, respetando ante todo la libre personalidad del discípulo. El cariño, la persuasión y la ejemplaridad deben ser los únicos medios que el maestro debe usar para conseguir formar el alma del discípulo. Nunca tratar de forjarla con violencia, pues para hombres que llevan en su interior una conciencia y una dignidad, ese sistema sólo conduciría a una insubordinación anarquizante o a lo que es peor, a una hipocresía, en la que sabe perfectamente tirar la piedra y esconder el brazo.

El estudiante debe encontrar siempre en el seno de la Universidad, penetración mutua entre maestros y discípulos, que le darán calor de corazón; un algo tan íntimo y entrañable como el amor de padres a hijos; ese deje, que no es la enseñanza fría y escueta de la asignatura, que no es ese árido aprendizaje de una técnica, sea quirúrgica o clínica o de análisis de laboratorios; debe ser el reflejo fiel de un espíritu universitario que dé a manos llenas amor y simpatía; que pueda embutirse espontáneamente en el alma del alumno, la cual quedará saturada de conceptos nobles y morales, haciéndola vibrar con sus anhelos, entusiasmos, inquietudes y esperanzas. *Lo cual logrará en el futuro, que al salir de la Universidad, sienta congoja de haber perdido una madre querida; de haber sobrepasado una faceta feliz de la vida que nunca jamás volverá.*

La Universidad no se puede concebir nunca sin que exista en ella una misión educadora y afectividad en sus enseñanzas; pero es un hecho cierto y de todos conocido y del cual habremos de arrepentirnos, que la Universidad actual tiene totalmente olvidada la misión educativa que en ella es obligado y que debe ser la continuación de aquella que se inicia en la vida familiar, se continúa en la escuela primaria y debe culminar en el seno de nuestra Madre común, la Universidad.

Don FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS, en el tomo XII de sus obras completas se expresaba así hace ya muchos años:

«...la escuela primaria, por su índole, jamás podrá prescindir de su carácter educador ... lo hará mejor o peor, a tuertas o derechas, con más intensidad o con menos, pero no puede prescindir de hacerlo; de aquí la superioridad del maestro desde el punto de vista pedagógico, no obstante la brevedad de sus estudios; de aquí que la Universidad, con todas sus mucetas, borlas y medallas, tenga mucho que aprender de la escuela, por decaída y mísera que esté, como lo está de hecho entre nosotros y que la reforma de los métodos con la consiguiente reorganización de nuestra enseñanza y de nuestra educación y de nuestra vida entera nacional, sea de la escuela y no de la Universidad (como grupo) de quien deba en primer término esperarse».

Más adelante, sigue GINER DE LOS RÍOS exponiendo sus conceptos sobre la enseñanza, de la forma siguiente:

«Para una enseñanza, cual la del pueblo griego, siempre será un misterio, cómo el más docto de nuestros profesores no sea siempre el más honrado y culto, el de espíritu más elevado, el de gustos más nobles y hasta el más limpio, fino y respetable. Pero el que conozca el carácter de nuestra organización docente, comprenderá con harta facilidad, cómo a un jayán rústico se le puede llenar la cabeza con tantos o cuantos celemines de literatura, leyes o anatomía y dejarlo tan rústico y tan jayán como antes» ... «Porque un hombre sepa más giros y palabras griegas o más caracteres de insectos, o más artículos de la ley hipotecaria o

más fechas, fórmulas, inscripciones y titulillos, sin haber nunca penetrado en las entrañas de la naturaleza, de la historia, del lenguaje, del derecho, del arte o de las matemáticas. ¿Qué tiene que ver toda esta erudición y sabiondez con la Ciencia, que es sólo cualidad, ni con la educación y progreso esencial del individuo?

También Don JOAQUÍN COSTA expone semejantes pensamientos al manifestar, que el fin de la instrucción primaria debía ser «con la mira de formar hombres y no sabios».

Esto es totalmente cierto, no se pueden formar sabios como si por medio de un crisol se fabricasen. Para lograr alguno, deberá partir de la figura de un hombre íntegro, hecho y derecho, en su más amplia acepción de la palabra.

No se puede investigar o forzar a la investigación a toque de corneta, como si de un ataque militar se tratara y menos con presupuestos para ella de tipo mezquino y sobre todo, sin haber hecho antes una discriminación en su concesión a los valores científicos, que verdaderamente se ve cómo destacan en su trabajo.

Por desgracia, la Universidad, lo que puede conseguir, cuando lo consigue, es meter en la mente del alumno una riqueza de conocimientos, pero descuida generalmente el «lograr despertar y encauzar nuestras aficiones, de enderezar o ennoblecer nuestro espíritu, de moralizar nuestras tendencias y de templarnos y confortarnos para las andanzas de la vida» (A. del CAÑIZO GARCÍA).

Y precisamente es esto a lo que debe siempre aspirar el Catedrático, que se quiera titular como Maestro. Tratar al alumno con sencillez, amabilidad, cariño y camaradería es lo primero que tiene que hacer todo Profesor.

Que no existan barreras infranqueables en el trato de Maestro y Discípulo. Que pueda mentalizarse éste que sus dudas, incompreensiones o errores son comprendidos y meditados por el Profesor, pudiendo identificarse ambos para lograr encaminar el proceso de enseñanza con libertad de un alma, que, por ser joven, todavía no está manchada, o no debe estar manchada, por los avatares de la vida.

No hay cosa que más deprima y desazone al alumno, que el chocar con la incompreensión, orgullo y pedantería del Profesor, cuando le aborda para tratar de que le explique o le aclare un problema determinado. Ese discípulo quedará defraudado y si ello se repite, su alma se irá despojando cruelmente de su immaculado manto, para ir adquiriendo demasiado tempranamente las suciedades propias del adulto.

Yo puedo decirles por desgracia, que en mis recuerdos de aquella feliz vida de estudiante, muy pocos profesores, tanto durante el Bachillerato, como en los años de la Carrera de Medicina, han dejado un recuerdo imperecedero, por poseer esas dotes de Maestro amable, modesto y caballeresco; que se hiciese respetar,

sin tener necesidad de emplear rigorismos ni métodos disciplinarios más o menos drásticos. Que fuese su personalidad la que nos inculcase la disciplina y el respeto por sí mismo, como savia que brota espontáneamente del árbol del corazón.

Durante mi época del colegio, recuerdo con verdadero cariño y admiración al Maestro que me dio las primeras letras y me enseñó a escribir. Don ANTONIO se llamaba, o se llama, ya que no he vuelto a saber nunca más de él, a pesar de que hace años traté de localizarlo. Pertenece a una modesta Escuela Pública regida por un sacerdote, don LUIS SEVILLANO (Q.E.D.), un hombre santo, que era el Párroco en aquel entonces, de San Juan de Barbalos.

En el transcurso del Bachillerato, destacaron dos Profesores dignos del título de Maestros, que persisten en mi memoria como personalidades dignas de todo elogio y que marcaron en mi mente de estudiante jovencillo, recuerdos imperecederos de moralidad, justicia y dotes de educación.

El primero fue un profesor de Matemáticas, enjuto y serio, con una mirada penetrante de sus profundos ojos negros, pero amable y abordable, que nos enseñó a razonar en esta ciencia y nos inculcó las primeras facetas de la seriedad de la vida, a mis compañeros y a mí, siendo todavía unos arrapiezos que no pensábamos más que en jugar y tomarlo todo a broma. Me refiero a don JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA, señero profesor de aquel entonces ruinoso y frío Instituto del Patio de Escuelas Menores. Solamente un curso pude gozar de sus enseñanzas, no sólo de Matemáticas, sino de educación y respeto, pues el traslado de mi padre a la Cátedra de Patología Médica de Madrid, me hizo caminar por otros derroteros.

El otro fue el profesor MINGARRO, Catedrático de Física y Química del Instituto Cervantes de Madrid y del cual también guardo un recuerdo de consideración y respeto a un buen Maestro.

Después, la guerra española vino a desquiciarlo todo; familias, Facultades, Universidades y lo que es aún más grave, vino a enloquecer a la población, perdiéndose amigos, personalidades y científicos, verdaderos valores nacionales, llegándose a escuchar alguna vez el grito de «muera la Universidad», que es como si nosotros gritásemos «muera nuestra madre».

Los avatares de la vida, sobre todo cuando se desencadenan por cataclismos como los que España sufrió, dan lugar a un cambio brutal en la vida no solamente de un sector nacional, sino a toda su amplitud. Con ello las costumbres, la forma de vivir, la moralidad del individuo, suelen dar unos cambios catastróficos y lo más grave de todo es que ya nunca jamás retroceden hacia el punto de partida. Se marcan así unas generaciones que surgirán en ese ambiente perjudicial y la mayoría de los jóvenes o por lo menos un tanto por ciento bastante elevado, empezará a vivir en ese ambiente horriblemente perjudicial para su educación, su

forma de pensar y su forma de comportarse en la sociedad. Se crea un sentido de la impiedad hacia los demás; un desprecio al individuo, una indiferencia hacia el que sufre y sólo el egoísmo personal impera en la mayoría de los diferentes grupos sociales. Asimismo el estudiante también queda o puede quedar marcado de esta forma de vivirse la vida en general; ya no estudia con la tranquilidad ni la intensidad por el deseo de saber, sólo una mira le lleva por los derroteros en las Facultades, la de aprobar sea como sea y cuanto antes. Eso arrastra hacia la indiferencia por conseguir una preparación, que le permita con toda gloria, el conseguir el puesto que se merece, por sus propios medios, y ya no suele ver en su Profesor o Maestro sino un agarradero que le permita ascender escalones en su profesión, de la forma más fácil y no suele ver en él la personalidad que desinteresadamente le ha brindado sus conocimientos a manos llenas y con el amoroso cariño de un padre hacia sus hijos.

Hay naturalmente excepciones, y yo he tenido una maravillosa suerte con mis discípulos hasta ahora, pero no es lo frecuente. Yo recuerdo todavía, tal y como si de ayer mismo se tratara, y lo recuerdo con congoja, la última lección de Cátedra de mi querido padre, cuando le llegó el día de su jubilación. En aquella lección en la que todo era corazón, cariño, sentimentalismo y al mismo tiempo tristeza, unida íntimamente a una gran alegría al contemplar a tantos y tantos antiguos alumnos suyos, que acudieron a darle un homenaje al final de su fructífera carrera docente y en la que se dedicó a darles unos consejos. Los últimos consejos que podía darles desde la Cátedra, que durante tantos años había regentado con ilusión y todo el amor que un verdadero Maestro puede entregar a sus discípulos.

Por eso los profesores, tenemos que mostrarnos en la época actual, mucho más afectuosos con los discípulos. No ver en ellos sino lo que en tiempos pretéritos fuimos nosotros y en aquel entonces, también nos gustaba o nos hubiese gustado, que nuestros profesores nos trataran con afectuosidad y tolerancia, dentro naturalmente de una verdadera justicia.

Uno de los consejos que mi padre dio en su última lección de Cátedra, y quizá el que resumía todos los que expuso, era el siguiente:

«Mi primer consejo es recomendaros encarecidamente que sigáis siendo estudiantes toda vuestra vida»...

Y después continuaba ...«al despedirnos de Profesores y Alumnos y al dar el último adiós a nuestra bulliciosa y despreocupada vida de estudiante, por encima de la bulliciosa alegría de aquellos momentos, flota y sube a nuestro corazón una burbuja de amargura. ¡Ya no volveremos a ser estudiantes! Terminó para nosotros la etapa más feliz y luminosa de nuestra existencia».

«No volveréis a ser estudiantes, es bien cierto, y éste es quizá el primer aviso que os da la vida, para preveniros de lo fugaz y efímero de todas nuestras ac-

tuaciones en ella. No volveréis a ser estudiantes. Pero yo pienso confortaros con la reflexión, de que no se deja de ser estudiante por el hecho de haber terminado la carrera».

«Estudiante no es únicamente el que está matriculado y tiene obligación de asistir a las Cátedras y Laboratorios; estudiante es todo el que estudia, y estudiante ha de seguir siendo siempre el que pasó una vez por la Universidad y formó su espíritu y templó su carácter en el ambiente universitario. Estudiantes son todos los hijos de la Universidad, y su misión primaria y más trascendente ha de ser, mantener, vigorizar y propalar por el mundo el espíritu y el emblema de nuestra madre: *el anhelo insaciable por la verdad y el bien*».

«Hay que procurar ser siempre jóvenes de espíritu y que vibren de continuo en nuestra alma los anhelos, las ilusiones y los entusiasmos de nuestra época de estudiante y no estar siempre 'avinagrados' de carácter y pagar los reveses propios con los demás».

«Y esto sólo puede lograrse estudiando siempre; en el libro, en el enfermo y en las páginas de la vida, porque este estudio continuo es el que principalmente nos tonifica y rejuvenece».

Es totalmente histórico lo de aquel profesor de Anatomía, que con más de ochenta años de edad e impedido a causa de la gota, hacía que le llevasen todos los días en un sillón, para escuchar las explicaciones del famoso anatómico LAGUNA.

El estudio dentro de la Universidad y el estudio fuera de ella, pero sobre todo en nuestros años juveniles y bajo los consejos de un buen Maestro, es lo que ha de hacer despertar y dirigir nuestras aficiones, de enderezar o ennoblecer nuestro espíritu, de moralizar nuestras tendencias y de templarnos o confortarnos para las andanzas de la vida.

Así como el cuerpo se forma y desarrolla por la aportación de partículas que nos llegan de fuera, nuestra alma es también un tablero constituido por las influencias, contactos e inspiraciones, que de otras almas recibimos.

Como dijo el poeta mejicano TORRES BORDET:

*«Nadie nace bueno;
La bondad se hace,
Como el vino añejo».*

Yo recuerdo haber oído referir, creo que a uno de mis hermanos mayores, lo sucedido durante el Bachillerato entre un alumno y uno de sus Profesores y que hizo cambiar totalmente la actuación de aquél y el modo de comportarse, a continuación del drama que se desarrolló.

Se trataba de un buen Profesor, serio y justiciero, que no permitía ni revuelos ni chacotas durante sus clases, por lo demás expuestas con cariño y abordable a todos los discípulos. Pero había entre ellos un arrapiezo juguetón, díscolo e irrespetuoso. Un día que su actuación sobrepasó todo lo que la paciencia humana puede tolerar, dio lugar a que el Profesor hiciese subir al estrado a ese muchachito travieso y atolondrado, que solía perturbar la seriedad de la clase.

El Profesor requirió papel y pluma, como disponiéndose a tomar nota y dijo al alumno:

Tenga usted la bondad de decirme el nombre y las señas de su padre (en aquellos tiempos los profesores, hasta los de Bachillerato, trataban de usted a los discípulos).

El muchacho, por toda respuesta, rompió a llorar amargamente.

¡Que me diga usted las señas de su padre! Insistió el Profesor, un tanto enfadado.

El alumno seguía llorando sin decir palabra y el Profesor, que por tercera vez repetía la pregunta, iba perdiendo la paciencia.

Por fin, el alumno pudo responder entre sollozos:

¡¡No tengo padre, señor Profesor!!!

No se puede describir la súbita transformación que tuvo lugar en el semblante del anciano Profesor; se levantó titubeante y estrechando al alumno entre sus brazos y ayudándole a enjugarse sus lágrimas, díjole una y otra vez:

¡Perdóname, hijo mío, perdóname! e inclinando poco después la cabeza sobre la mesa estalló a su vez en acongojados sollozos.

Desde ese día, el Profesor mostró un interés y afecto verdaderamente paternales por aquel alumno, que a su vez le correspondió con una veneración y un cambio de conducta que asombró a sus compañeros.

Este histórico hecho, demuestra cómo el profesor puede inculcar en un alma rebelde sentimientos nobles y puros, pero para lograrlo necesita hacerlo con cariño y noble corazón, inclinando si es preciso la cabeza con congoja sincera y espontánea, ante el drama (como este caso) de un pobre huérfano.

Todos estos párrafos, mal hilvanados que les he leído precedentemente, han salido espontáneamente en el correr de mi pluma sobre el papel; pero es la verdad, que esta pluma no ha sido sino el conducto que ha transmitido mis ideas que partían a través de mi corazón.

Los problemas que hoy día tiene planteados la enseñanza son muchos; y aunque pienso que uno de los más importantes es el que hemos venido tratando hasta ahora, sin embargo hay otros que tienen tanta importancia y sobre todo que pueden influir muy directamente en lo previamente tratado.

La enseñanza y la educación en el ambiente universitario, no puede impartirse correctamente con la masificación actual de los que estudian, pretenden estudiar o lo que es peor con el deambular de excesivos matriculados, que no piensan sino... eso... deambular por los pasillos, atestar las aulas y perturbar de forma desmoralizadora tanto a Profesores como a alumnos.

El alumno que ha hecho una matrícula para estudiar en la Universidad, tiene que pensar que ya está dentro de este estamento, que aunque por desgracia está muy deteriorado, sin embargo es la Universidad y la Universidad son todos los que ella encierra dentro de sí, en su seno, tanto las aulas y su contenido, como los Profesores y asimismo todos los alumnos que arropa con su manto de bondad.

Por todo esto, los alumnos que ingresan en ella tienen que comportarse con un mínimo de educación, pues de otro modo no deben llegar a ser titulados. Adquieren, efectivamente, unos derechos al entrar en ella, pero también, y esto es mucho más importante, contraen unos deberes importantísimos, pues de actuar sin estas normas imprescindibles, la Universidad se convertiría en un caos incontrolable.

Si toda persona tiene derecho a ser universitario, también es verdad que tiene una serie de obligaciones que cumplir de forma ineludible, sin lo cual no tiene derecho a ostentar un título que ciertamente no merece.

La masificación del alumnado en las aulas de las Facultades y en concreto, en las de Medicina, que son las que yo puedo conocer mejor, lleva a una perturbación y colapso en la enseñanza francamente catastrófica.

No solamente es ya la falta de espacio en las aulas; es la imposibilidad de impartir unas explicaciones en que el Profesor se «haga con el auditorio»; un auditorio tumultuoso, en el que una gran parte de él no atiende al Profesor y todo lo toma a chacota, con comentarios que distraen a los que verdaderamente desean aprender.

Se produce una imposibilidad de brindarles una enseñanza práctica, eficaz y por último de lograr unos exámenes humanamente justos, para conseguir que los que terminan la Licenciatura, puedan salir con una preparación lo suficientemente elevada, para poder hacer un ejercicio profesional digno y sin perjudicar a los enfermos futuros.

Ahora bien: ¿es lícito limitar el número de alumnos que van a entrar en la Facultad? Y si consideramos que por lo menos sea imprescindible hacerlo ¿qué métodos o sistemas habremos de emplear?

He aquí dos problemas de una importancia capital, no solamente para el alumno en general, sino también para su porvenir y sobre todo del de la enseñanza universitaria.

Ante la primer pregunta, de si se debe establecer un «*numerus clausus*», y si tenemos derecho a instaurarlo, podíamos contestar sin recapacitar, que no, que no tenemos derecho a impedir el acceso a la Facultad a todo ciudadano español que lo desee. Que no debemos poner trabas ni cortapisas, para que cualquier alumno que tenga el Bachillerato superior, pueda entrar a efectuar la licenciatura de Medicina, pongo por caso.

Pero si pensamos un poco tal y como están las cosas en general, y el muy próximo futuro sombrío del licenciado médico, tenemos que admitir y no nos duelen prendas al manifestarlo, que es mejor que no intenten ser médicos malos, tantos y tantos pretendientes, que al final no van a encontrar sitio donde poder ejercer y más cuando una gran mayoría han seguido esa carrera sin afición ni dotes para ella, cuando posiblemente han podido derivar al principio hacia otras profesiones, para las cuales tenían seguramente más afición y quizá podrían triunfar en ellas, sin perjuicio para la sociedad.

La carrera de Medicina, dígame lo que se diga actualmente, sigue siendo un sacerdocio y si no tiene esta mentalidad de sacrificio por el enfermo doliente, es mejor que se dedique a otras profesiones.

El médico verdadero no ama la vida propia, sino la ajena, que tantas veces tiene entre sus manos y así derrocha su vida en favor de los demás.

Quizá yo soy un médico tachado a la antigua, soy un romántico de la profesión y ya tal y como van las cosas, el romanticismo ha desaparecido de la faz de la tierra, aunque yo prefiero que me consideren un romántico, un iluso quizá, pero que persistiesen una serie de normas de educación en la juventud, que ahora están en vías de perderse definitivamente.

Desde hace algunos años, está sucediendo con la carrera de Medicina, una cosa muy semejante, a lo que pasó hace bastantes años con la carrera de Cura. La madre ofrecía que el hijo que llevaba en el vientre, sería Sacerdote si el parto era bueno, o si le concedía cualquier cosa que se le pudiese antojar durante el embarazo y así se mandaban niños a los Seminarios, con la poca vocación sacerdotal que podía haberles imbuido el párroco del pueblo durante la doctrina.

Ahora ha habido un éxodo masivo de la población rural a las capitales, casi todos con el deseo de lograr un título Universitario, de la forma que sea, con tal de conseguirlo y así poder permanecer en las ciudades, abandonando los pueblos y creando conflictos que son de muy difícil solución. Unos por la imposibilidad de darles a todos puestos de trabajo y otros por el abandono de puestos de trabajo en el campo y que nadie quiere ocupar.

Uno de los más graves problemas que pueden presentarse en la Facultad, es que sea invadida por la política. Toda la Universidad en general y las Facultades en particular, deben de conservar su manto immaculado, y de ninguna manera mancharse con salpicaduras de tendencias más o menos políticas.

La Universidad debe de estar por encima de todas estas intrigas, apasionamientos, envidias y rencores. Si no es así, los alumnos y también los Profesores, entrarán dentro de un círculo en que el desorden y la insensatez serían los que dominasen el ambiente, que, daría como resultado el hundimiento de la Universidad y en general, el total desastre de la Cultura Española.

Pero el lograr la estimación sincera de los hombres no es una tarea fácil, ni se puede lograr como ese entusiasmo fugaz de las multitudes, con discursos ampulosos, lirismos de charanga y pirotecnias de ética barata, con relumbres de patriotería; se ha de conquistar poco a poco, con el ejemplo de la labor diaria; con la transparencia y abnegación de toda una vida.

Precisamente la masificación del alumnado en las Facultades, es lo que por cierto origina los conflictos. Pues un gran número de estudiantes se encuentra marginado, impotentes para poder sacar el curso limpiamente y entonces, ya se sabe... «a río revuelto ganancia de pescadores», como reza el dicho castellano.

Es triste decirlo, pero es una enorme realidad, que es imposible dar la enseñanza a tantos matriculados y fíjense que digo «matriculados» y no estudiantes, pues estudiante es el que estudia, y en estas masificaciones, suele haber un tanto por ciento muy elevado que no agarra un libro.

Ahora bien, si admitimos el concepto de la ineludible necesidad de tomar muy en serio la limitación de los estudiantes en la entrada a la Facultad, ¿de qué procedimientos podemos servirnos para poder hacer una selección con toda justicia y que sea eficaz?

Este es otro asunto de una enorme responsabilidad. De una trascendencia impresionante. Hasta tal forma que, pienso, sinceramente, que por muy bien que se quiera hacer una selección, siempre se han de cometer monstruosas injusticias. Y lo que es peor, que podemos y seguro que sucederá, dejar fuera de las Facultades a alumnos que aparentemente, por su expediente o por su comportamiento durante el Bachillerato, parecen del montón o malos estudiantes, pero que más adelante, cuando tienen algún año más, se convierten en fueros de serie e inclusive algunos pueden llegar a Premios Nobel, como ya con cierta frecuencia ha sucedido.

El alumno que llega a una Facultad con el Bachillerato recién terminado, todavía no suele estar maduro en la mayoría de los casos. No se ha despertado en él su capacidad de seriedad y de responsabilidad, que ha de aparecer unos pocos años después; dándose muy frecuentemente el caso, de que malos estudiantes de

Bachillerato, con expedientes defectuosos, luego en la carrera se convierten en alumnos brillantísimos e inteligentes, que llegan a ser punteros en su profesión, y en cambio otros a los que se les calificaba de fenómenos, con matriculas en todas las asignaturas del Bachillerato, fracasan rotundamente en la carrera, hasta el punto que son incapaces de aprobar y tienen que dejar de estudiar.

Yo recuerdo todavía, cómo uno de mis compañeros de estudios (en Madrid) era el asombro de los Profesores, por lo bien que se sabía las lecciones y hacía los exámenes como un papagayo. Le teníamos hasta cierto punto animosidad, pues constantemente nos lo ponían de ejemplo, para censurarnos reiteradamente nuestra actuación, que en realidad era la normal, tratándose todavía de unos chiquillos, que pensábamos más en jugar que estudiar seriamente. Pues bien, dejé de verle al estallar la guerra civil española (ésta nos cogió con el Bachillerato terminado), pero cuando yo iba a estudiar séptimo de Medicina en San Carlos, me lo encontré un día en las colas de la secretaría, pues iba a hacer mi matrícula. Le pregunté qué hacía, pensando que ya sería abogado, o ingeniero, etc., y cuál no sería mi asombro cuando me contó sus desgracias, su odisea. Había empezado a estudiar ingeniería industrial, pero no logró aprobar ni un solo grupo del ingreso de dicha escuela especial (como se titulaban). Al cabo de tres años de intentarlo sin conseguirlo, quiso empezar abogacía, no logrando pasar del primer año; luego empezó farmacia, con el mismo resultado y ahora iba a Medicina, cosa que tampoco logró, como más adelante me informé.

Este hecho histórico, se repite con mucha frecuencia, en el tránsito del alumno desde la enseñanza media a los estudios superiores de cualquier carrera Universitaria.

Por lo tanto ¿de qué medios o sistemas podemos servirnos para poder obtener una selectividad eficaz? Una selectividad, en que se consiga que la mayoría de los que entren a estudiar una carrera sean sin duda los mejores, o serán los mejores el día de mañana.

Señores, no tenemos ningún medio que sea eficaz, para poder catalogar a los estudiantes con «un marchamo» que indique y garantice su capacidad de inteligencia, las posibilidades de ella en el futuro y de si la carrera Universitaria elegida y que pretende hacer es efectivamente por la que tiene afición y al entrar en el primer curso y sucesivos ha de ser un buen estudiante.

¡Cuántos estudiantes finalizado el primer curso de una carrera Universitaria, inclusive con buenas notas, manifiestan su disconformidad y dejan los estudios de ella, para cambiar hacia otras Facultades, donde tampoco «se asientan», fracasando una y otra vez, convirtiéndose en parásitos para la sociedad!

Por todos estos motivos y algunas otras razones que iremos exponiendo, considero injusta la limitación de los alumnos en las Facultades, pero pienso que da-

do el estado actual de la masificación incontrolada y alocada del alumnado en los estudios Universitarios, es una injusticia necesaria e imprescindible, como tantas otras injusticias que existen en la vida. Pero está basada en un fin supremo, de beneficio a nuestra España y fijense que digo «nuestra España» y no «este país» como ahora suele usarse al referirnos a esta parte de la Península Ibérica que es España.

El estudiante que empieza el primer año en la Facultad, llega como un gozquecillo inocente, sin saber nada o casi nada de ella; es luego, cuando pasan los meses y entra de lleno en el estudio de las materias que se imparten, cuando se va dando cuenta de su importancia y de si sus pensadas aficiones, coinciden con la temática que se está enfrentando. Por ello no debe de extrañarnos la deserción o frustración de muchos de ellos, muy semejante al de aquellas novias inocentes, que llegaban al tálamo nupcial sin saber nada, con una idea virginal del matrimonio y chocaban brutalmente con lo prosaica que es la vida.

Posiblemente, la única forma de poder lograr una selección, con un mínimo de justicia y eficacia, sería la entrevista personal con el futuro alumno de una determinada Facultad. Entrevista duradera, a diario y que se prolongase durante bastantes días. Pero, ¿cómo sería posible llevarla a cabo ante mil quinientos o dos mil solicitantes? ¡Ello sería tan difícil, como abatir por tierra la ley física de la impenetrabilidad de las masas!

Algunas personalidades de la enseñanza, han hablado de la eficacia de los «test psicológicos» del alumnado. La verdad es, que los intentos hechos con este sistema, han resultado con frecuencia un verdadero desastre, una auténtica charlotada y que me perdonen los psicólogos; más vale olvidar, pues parecía que las respuestas eran hechas, por personas que habían tomado a «chacota» las listas de preguntas y aún más, como si fuesen mentes endemoniadas.

No podemos, por lo tanto, hacer más lucubraciones y mucho menos pretender ser dogmáticos, en los problemas que presenta actualmente la limitación de los estudiantes, para acceder a la Universidad, pues habría que partir de la base que esta, nuestra querida Universidad, se desmembra, se desmorona paulatinamente. Es triste decirlo y aún más triste el tener que reconocerlo, pero esto es tan claro como «el agua de roca». Y lo más grave es, que la culpa la tenemos sobre todo los Universitarios, no solamente los que ostentamos un puesto en la Universidad, lo cual ya es gravísimo, sino también aquellos que pasaron por ella y que son quienes o no, también Universitarios, ya que son descendientes de ella.

Las rivalidades y las luchas entre las llamadas «diferentes escuelas», que en muchas ocasiones han avasallado y avasallan concursos y oposiciones, han originado en gran parte este deterioro, que cada vez ha ido incrementándose de una forma alarmante. Y no echemos la culpa solamente a la situación creada en la

España de la post-guerra (como se suele hacer ahora para todos los males que sufrimos), pues ya venía produciéndose desde hace más de cincuenta años.

Y esto lo expongo yo aquí, ante todos vosotros. Yo, que puede decirse que estoy en la Universidad desde que nací, pues mi abuelo paterno fue Catedrático, mi padre también lo fue durante cuarenta y cuatro años y yo llevo en el seno de la Universidad de esta dorada Salamanca más de veinticinco años. Y con ello me sentiría muy dichoso, si cuando acabe de leer estas mal redactadas cuartillas (pero que están escritas con todo el aliento y calor que parte de lo más profundo de mi pecho), he podido lograr hacer llegar hasta vosotros, aunque no sea nada más que un tenue vaho, del fervoroso amor a la Universidad, que salió de mi corazón para guiar mi mano al escribirlas.

* * *

LA ENSEÑANZA DEL POST-GRADUADO EN LAS ESCUELAS DE ESPECIALIDADES

Esta es otra faceta de la enseñanza que tiene una importancia trascendental. El estudiante de Medicina que tras no pocas vicisitudes y penalidades ha llegado a terminar la Licenciatura, respira profundamente, pensando o manifestando en voz alta ¡gracias a Dios, ya soy médico!, ya no tengo que pensar en estudiar por obligación, materias que algunas de ellas son tan pesadas y feas. Ahora puedo enfrentarme sólo con mis gustos, mis aficiones.

Y... sin embargo, no piensa entonces que ha quemado lo mejor de su vida. Que esa vida bulliciosa, despreocupada de la juventud, ese transcurrir el tiempo de los cursos de estudio uno a uno, visto por ellos que poseen un corazón sano y un alma limpia, como corresponde a sus años mozos, que todavía no se ha contaminado en las luchas y rivalidades, envidias y pasiones del adulto, ¡ya nunca jamás volverán! Que ya desde entonces, desde que se consideran unos hombres hechos y derechos, por haber terminado la carrera, no podrán retroceder a esos años pretéritos en que todo era despreocupación, no tenían responsabilidades y su vida dentro de la alegría quizá algo desordenada de la juventud, transcurría con una apacibilidad que ya nunca, pero que nunca jamás, volverá a repetirse.

Ahora, con la euforia de haber terminado la carrera, no suelen pensar en lo que en páginas precedentes gritábamos ¡ya no volveremos a ser estudiantes! La burbuja de amargura, que fugazmente subió a nuestro corazón al despedirnos de la Universidad y que quedó relegada por la alegría de ser Licenciado, volverá años después y ya nos encontrará en otras condiciones más tristes, pues la vida no perdona y los avatares sufridos en los años siguientes, harán ver al antiguo Li-

cenciado el recuerdo de sus años de estudiante de forma distinta quizá, pues, en aquel entonces su alma todo lo veía de color de rosa y ahora en cambio, baqueteados por la lucha por la existencia todo ha cambiado; el corazón se endurece y la felicidad aunque se alcance, no es tan pura, ni tan inocente y perfecta, como la de la juventud estudiantil.

Las llamadas ahora pomposamente «Escuelas de enseñanza del Especialista», es el resultado de la institución de unas Jefaturas Hospitalarias o Residencias, en que el jefe supremo de una determinada materia, se siente obligado (muchas veces sin afición para la enseñanza) a organizar, entre los que van a ocupar u ocupaban las plantillas de ayudantes, un sistema de adiestramiento para que pasado un tiempo no determinado al principio (luego sí, se ha dictado un tiempo mínimo de tres años de especialización), los que estaban aprendiendo, pudiesen salir del centro o escuela, con unos conocimientos teóricamente buenos, aunque en realidad, salvo excepciones, tenían mucho que desear en este aspecto.

Después se han dictado otras normas (que iremos analizando), para tratar de lograr una especialización más eficiente, o por lo menos poder entrar el postgraduado ya especializado, en la rueda de puestos fijos, que se ofrecen en las residencias sanitarias, Hospitales Clínicos Universitarios, o simplemente como Especialista del Ambulatorio del seguro obligatorio de enfermedad.

Se ha instituido así, de momento (pues todo este «tinglado» montado, parece que va a modificarse con la nueva reglamentación para la formación de especialistas), una forma bastante fría de formarse el futuro Especialista de Otorrinolaringología.

Pasó a la historia (como tantas otras cosas en la Medicina), aquella enseñanza en que el Maestro personalmente y ayudado por otros colaboradores del Departamento, que estaban ya bastante preparados, instruía poco a poco, pero con toda el alma a los principiantes, sacrificándose constantemente en favor de su enseñanza. Primero enseñándoles a historiar los enfermos, sus exploraciones clínicas, conocer lo normal y lo patológico, al mismo tiempo que les explicaba la anatomía clínica, la fisiología y la patología de la especialidad, así como el diagnóstico y el tratamiento. Pasado un tiempo, que dependía de la capacidad, inteligencia e interés del alumno, empezaba a adiestrarlo en la cirugía menor, llevándole de la mano para sacar las primeras vegetaciones adenoideas, luego las amígdalas, resección submucosa del tabique nasal, etc., para paulatinamente empezar a enseñarle la cirugía del oído, cáncer de laringe, cirugía de cuello, etc., hasta lograr una preparación total, completa de la Especialidad.

Pero esta preparación que someramente he descrito, se hacía de una forma totalmente desinteresada, aunque sí poniendo el alma en la enseñanza; resolviéndole todos los problemas, aclarándole dudas, no ocultándole nada, para que pu

diera adquirir tantos conocimientos como su Maestro. De esta forma que describo, es como debe hacerse la enseñanza del que se está especializando y así la he venido yo realizando desde hace más de 25 años, en que vino a trabajar conmigo mi querido primer discípulo, el doctor JOSE MARÍA JIMÉNEZ GUERVOS. Inclusive en los ratos de ocio me acompañaban, porque seguíamos hablando de la patología o de problemas de enfermos. Incontables días empezábamos el trabajo o las charlas de enseñanza a las ocho de la mañana y se terminaban pasadas las doce de la noche y aun muchas veces (haciendo publicaciones) nos daban las horas de la madrugada.

Una vez completada la enseñanza, el ya especializado marchaba a establecerse y de esta manera unos se iban preparados o bien se quedaban conmigo y otros nuevos venían a comenzar el ciclo, ocupando los puestos dejados vacantes por los que ya estaban especializados.

Las Escuelas de Especialistas, que funcionaban de la manera que he descrito, era siempre, o debía ser siempre, bajo el manto amable y cariñoso del Maestro, que con su ejemplo de trabajo estimulaba a los demás, que por otra parte deseaban aprender cuanto más y en menos tiempo mejor, ya que entonces aquellos discípulos estaban bajo la tutela de sus padres; no tenían remuneración ninguna y por lo tanto comprendían que había que estudiar, trabajar, ejercitarse en los diagnósticos y tratamientos, así como en todas las técnicas quirúrgicas, para conseguir una buena preparación, pues en aquella época los Hospitales Clínicos y toda la Universidad tenía unas plantillas exiguas y mal pagadas, lo que hizo expresar al profesor don CARLOS JIMÉNEZ DÍAZ que «en la Universidad española, sólo se podía ser o Catedrático o Bedel».

Actualmente todo ha cambiado. El alumno que acaba de obtener la Licenciatura, entra en el llamado rotatorio a los pocos meses de recibir el título de médico y ya empieza a tener ingresos que le permiten desenvolverse en la vida. Al año siguiente pasa al denominado Residente I en una clínica, para especializarse en la materia elegida. Pasa luego sucesivamente por R. II y R. III, y entonces entra a ocupar una plaza de Adjunto integrado hospitalario. Plaza ya inamovible, que además puede ascender a jefe de sección e inclusive a jefe de servicio.

Estos puestos finales son ya definitivos y trabajen poco o mucho, se porten bien o se comporten villanamente, ya no los sueltan nunca, ni puede uno hacerlos soltar, con lo cual bloquean (han bloqueado ya, mejor dicho) las plazas y a los futuros licenciados que deseen especializarse, sólo les cabe hacer (si consiguen entrar) los tres años de Residentes, con lo que salen insuficientemente preparados.

Se terminan, se acaban así las Escuelas de Especialistas verdaderos. De aquellos que, efectivamente, les era oneroso tener que estar cuatro o cinco años

después de finalizar la carrera, sin poder tener autonomía monetaria, que efectivamente era un problema importante, pero no tanto como ahora comentan. Caso excepcional era aquel, que no podía seguir bajo la tutela paterna, hasta lograr una firme especialización y ya entonces podía desarrollar su profesión con toda holgura y magníficos conocimientos.

He tenido varios alumnos que se han hecho buenos especialistas, siendo médicos de un pueblo de la provincia de Salamanca y algunos de provincias lejanas. Los primeros pasaban la consulta del pueblo por la mañana temprano y se venían a trabajar aquí en la clínica. Regresaban a mediodía, para volver y seguir con las actividades de quirófano que teníamos así entonces establecidas por las tardes.

Los que estaban más lejos, se pasaban trabajando conmigo de lunes a jueves o viernes, en que a mediodía, partían para atender un trabajo, que les permitía obtener la suficiente remuneración para poder seguir en la Especialidad durante varios años, hasta que yo les consideraba suficientemente preparados y poder ejercer con toda garantía.

El sistema actual es desde luego mucho más cómodo y, por supuesto, más beneficioso para los futuros especialistas. Pero sólo para aquellos que logren entrar en la «rueda» de estos puestos denominados Residentes; que además son en un número muy limitado. Otros muchos, que desearían obtener estos puestos, se quedan fuera y además ya no les cabe la posibilidad de asistir a las Escuelas de Especialistas por su cuenta, ya que el trabajo y el adiestramiento que ellos necesitarían, los que están de Residentes lo solicitan, y podríamos decir más, que lo exigen para ellos, que son los que oficialmente tienen derecho de recibirlo, según las normas y reglamentación hospitalaria.

Hay todavía varias Escuelas de Especialistas que siguen con el sistema de cobrar una matrícula, para que puedan especializarse un número limitado de aquellos que no están dentro de las plantillas y así con estos derechos, poder aprender y salir con un certificado, o inclusive con el título de Especialista. Esta forma de poder adquirir adiestramiento y el título de Especialista, con «el poder del dinero», no es nueva. Hace ya muchos años que viene practicándose no sólo en España, sino también en el extranjero. Con el agravante además, que el número de post-graduados admitidos suele ser muy elevado, dándose con frecuencia el caso, de no poder los alumnos actuar directamente en el aprendizaje quirúrgico y salen saturados de «enseñanzas a través de las pantallas de la televisión con circuito cerrado, pero sin haber cogido un bisturí».

Los que venían y vienen a hacerse Especialistas en mi Departamento, jamás han tenido que sufragar una matrícula, ya que tenemos el concepto de que la enseñanza debe de ser gratuita, por lo menos en estos Centros, en que disponemos de material para poder lograr una preparación en la Otorrinolaringología, lo su-

ficientemente buena para que el post-graduado consiga más adelante independizarse con toda garantía, para el ejercicio profesional. Y si pensamos un poco, últimamente es aún peor el cobrar una matrícula, ya que luego no pueden tener los derechos que hace años tenían, pues los actuales residentes son los que exigen y con razón, que toda la enseñanza sea para ellos, exclusivamente, y por lo tanto aquellos que abonaron unos gastos se sentirán defraudados y con razón, al no poder practicar ni clínica, ni quirúrgicamente, como sería lo lógico.

Otra faceta que conviene aquí comentar es, la de los «Cursos de perfeccionamiento para el Especialista». Estos son anunciados pomposamente como «Curso de perfeccionamiento sobre Cáncer Laríngeo», o sobre «Cirugía funcional del oído», etc., etc., en que para apuntarse, tienen que darse prisa, pues son plazas limitadas (quince o veinte) y además la cuota que hay que pagar (por adelantado, por supuesto), asciende a veinte o treinta mil pesetas, por una semana o menos, donde el cursillista está «de miranda» y se queda podíamos decir que «lelo» por las cosas que ve hacer. Se las ponen tan difíciles que parece que el Curso debería titularse «Curso sobre técnicas quirúrgicas de tal o cual cosa, que no serán capaces de hacer nunca los cursillistas en el futuro». Hace algún tiempo, varios de mis colaboradores, que eran todavía Residentes II y R. III, estuvieron en el extranjero participando en uno de estos Cursos. Casi todos los asistentes, se quedaban con la «boca abierta», ante las maniobras que veían hacer (a través de la pantalla de la televisión) a uno de los instructores, y exclamaban ¡ah, ah! ¡qué maravilla! al contemplar cómo el cirujano colocaba en una operación de timpanoplastia, el yunque sobre la cabeza del estribo. Ellos al ver tanto asombro por una cosa tan corriente, no pudieron menos de decir a los compañeros, que eso era una simpleza, que no tenía ninguna importancia y que ellos ya lo habían hecho de la misma forma una docena de veces. Naturalmente, no se lo creyeron y pensaron que estaban locos o calamocanos.

Para aquellos que quieren aprender determinada faceta de la especialidad, les sería más útil ir al Departamento determinado y participar directamente en tal o cual técnica quirúrgica, dentro del quirófano, previo acuerdo con el Profesor que la hace. Les sería mucho más beneficioso para aprender y además no tendrían que abonar la elevada cuota correspondiente. Bueno, eso pensando que el jefe del Departamento o del Servicio lo consintiese, así de forma desinteresada.

Pero hoy día todo está materializado, ya que inclusive estamos viendo, cómo Profesores de la Universidad, van a pronunciar conferencias fuera o inclusive en su localidad, pero habiendo recibido previamente cierta cantidad que por cierto suele ser bastante «sabrosa», y se la embolsan tan ricamente ¡siendo Universitarios!, y para más ignominia ¡Profesores de la Universidad!

Como pueden ver con todo lo que hemos expuesto, la enseñanza de una Especialidad se complica, y con esto quiero insistir aquí, lo que ya en páginas prece

dentes hemos venido manifestando. El concepto que debemos tener todos los Universitarios de que la política no debe influir bajo ningún concepto en la enseñanza, pues si ello sucede la Universidad y todo lo que sus muros debe cobijar se hunde definitivamente. Suceden entonces casos de profesores que explotan o se aprovechan de haber sido apartados de la docencia, precisamente por cuestiones políticas, que luego más adelante les han ofrecido de nuevo el puesto docente, en el ambiente que ellos decían era el deseado y lo han despreciado para seguir metidos en asuntos políticos, donde naturalmente pueden medrar y sacar más jugo que explicando modestamente (pero honrosamente) las lecciones de una Cátedra Universitaria. Por lo tanto, la política y la docencia son incompatibles, pues el Maestro que se dedica a la política, será un mal político y un mal Maestro.

Pero la verdad es, que actualmente hay un movimiento en España en contra de la Universidad y de los Universitarios y dentro de ella en contra de los docentes médicos, e inclusive en contra de los médicos en general. ¿Y esto por qué?

No cabe duda que gran parte de la culpa la tienen los propios médicos. Las rivalidades profesionales, que llevan a la envidia y al rencor, es motivo por desgracia a que se llegue a estas tesituras, en las que se ve cómo las denuncias se producían y aún se producen de vez en cuando, para befa y escarnio de los que contemplan estas acciones tan bajas, en que se pierden los valores humanos.

Los Universitarios no debemos perder de vista nuestro lema: Universidad; o sea, amplitud, tolerancia, dinamismo, confraternidad, evolución; todo lo cual es una cosa bien distinta a parcialidad, hermetismo, intransigencia, estatismo e inmutabilidad.

La unión entre vosotros, los estudiantes y los post-graduados, futuros Especialistas, será la Paz y la Concordia de vuestros corazones y acaso sea aún más importante, porque quizá en vuestra unión o en vuestras divergencias va envuelto el porvenir de España.

Y escuchadme, lo que voy a decir, ya como final de esta modesta charla: «para que podamos acertadamente cumplir nuestra misión de enseñanza, más que a los alumnos, hemos de mirar a nuestro interior, a nuestro propio corazón», pues ya lo dijo CONFUCIO «solamente aquel que sabe formar su propio carácter es capaz de regir el de los otros».

Porque tenéis que saber, que solamente el que es justo puede invocar justicia; sólo el trabajador puede hablar de trabajo y sólo el hombre de corazón sano y conducta intachable puede alzar la voz cuando los otros callan.

He dicho

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403831367